

Evitemos el egoísmo

Todavía resuenan en nuestros oídos los seductores acentos nietzscheanos que distinguían dos especies de egoísmos, fundamentalmente diversos: el inferior, comparable al gatuno, y el superior, elogiado como suprahumano.

Más precisa no dejarse seducir por sofísticas discriminaciones cual la infaustamente célebre de Nietzsche acabada de recordar... Todo auténtico egoísmo —llámesele «egolatría», según hoy se estila, o «filautía», según acostumbran las Sagradas Letras, sin que pueda nunca servir de atenuante su enorme generalización en nuestra desdichada época— es siempre reprochable.

Ahora bien, acaso alguien objete que Cristo preceptuó «amarás al prójimo como a ti mismo», presuponiendo que todo ser humano inevitablemente ha de sentir alguna comezón de egoísmo. Sin embargo, tal insinuación —por desgracia, mucho más frecuente en labios, plumas y corazones de lo que a primera vista pudiese parecer— resulta del todo inoperante en el plano trascendente (aunque presente quizás algo de verdad en el de lo inmanente), con sólo pensar que el evangelista predilecto, inspirado por el Espíritu Santo, no titubeó en escribir: «Quien ama su alma, la pierde, y quien odia su alma en este mundo, la custodia en la vida eterna» (Jo., 12, 25: «Qui amat animam suam, perdet eam; et qui odit animam suam in hoc mundo, in aeternam custodit eam»).

Reflexionemos sobre esto... Nuestro Evangelio, el que prescribe amor para todos, incluso para los enemigos, el que prescribe el odio en cualquier orden, estatuye empero una importante salvedad, al ordenar que se odie el desorden del alma propia... Para cumplir esta inobservada norma excepcional, tal vez lo mejor fuera que nos olvidáramos de nosotros mismos: por algo los psicólogos sostienen que olvidar es la forma más elegante y genuina de odiar... Con ello, a no dudarlo, evitaríamos eficazmente el repugnante egoísmo.